

GALERÍA  
DE  
CELEBRIDADES ARGENTINAS

BIOGRAFÍAS DE LOS PERSONAJES MÁS NOTABLES

DEL RIO DE LA PLATA

POR LOS SEÑORES BARTOLOME MITRE, DOMINGO F. SARMIENTO, JUAN M. GUTIERREZ, FELIX FRIAS,  
LUIS DOMINGUEZ, GENERAL IGNACIO ALVAREZ Y THOMAS, Y OTROS MAS.

CON RETRATOS LITOGRAFADOS

FOR NARCISO DESMADRYL.



BUENOS AIRES

**LEDOUX Y VIGNAL**, editores

Librería de la Victoria, calle del Puerto número 20

IMPRESA ARGENTINA, CALLE SANTA TERESA 42

MDC CCC LVII.

### Nota a esta edición:

Reproducimos la primera edición de la Biografía del General San Martín perteneciente al libro *Galería de Celebridades Argentinas*, publicado en 1857.

El mismo no se encuentra recogido en la Edición Nacional de las Obras Completas y aparece por lo general incompleto en otras ediciones.

Hemos modernizado la ortografía pero respetado la puntuación original.

Agradecemos al Sr. Sergio Alejandro Bande por habernos facilitado la obra reproducida.

GALERÍA  
DE  
CELEBRIDADES ARGENTINAS

BIOGRAFÍA DE LOS PERSONAJES MÁS NOTABLES

DEL RÍO DE LA PLATA

POR LOS SEÑORES BARTOLOMÉ MITRE, DOMINGO F. SARMIENTO, JUAN M. GUTIÉRREZ, FÉLIX FRÍAS, LUIS DOMÍNGUEZ, GENERAL IGNACIO ÁLVAREZ Y THOMAS, Y OTRO MAS.

CON RETRATOS LITOGRAFIADOS

POR NARCISO DESMADRYL.

BUENOS AIRES  
**LEDOUX Y VIGNAL, editores**

Librería de la Victoria, Calle del Perú número 20  
Imprenta Americana, Calle Santa Clara 62

MD CCC LVII.

## BIOGRAFÍA DEL GENERAL SAN MARTÍN

(GALERÍA DE CELEBRIDADES ARGENTINAS. — BUENOS AIRES, AGOSTO 27 DE 1857)

### I

Remontando el majestuoso Uruguay hacia sus ignotas fuentes, entre los dos grandes saltos o cascadas que hace el enorme volumen de sus aguas, extiéndose hacia el norte, bajo el cielo caliente de la vecindad del trópico, una comarca deliciosa, limitada al fondo por el Paraná, y que ha recibido recientemente el nombre de Mesopotamia argentina, aludiendo a su similitud con el país que bañan el Tigris y el Eufrates en Asia.

Los nombres de ríos y de lugares acusan la existencia de un pueblo aborigen, blando de carácter como es eufónico y vocalizado en el idioma en que empezaba a balbucear sus primeras ideas. *Aguape, Ibicui, Boicuá, Aurupá, Yaguarí, e Isoi* muestran al niño hombre ya, que tiene por modelo a lasavecillas que saludan al sol, o el susurro del céfiro en los palmeros, sin sonidos rudos, sin terminaciones ásperas, como si hubiese prestado el oído para distinguir las fugitivas modulaciones del eco que va repitiendo los rumores de las selvas o el murmullo de las aguas, para imitar el lenguaje de la naturaleza. A la orilla de arroyos con nombres tan dulces como sus aguas, a lo largo del Paraná y del Uruguay, que descienden silenciosos por entre islas floridas o cañaverales de bambúes o tacuaras colosales, otra historia y otro mundo de ideas revelan los nombres de ciudades y pueblos que no existen ya. *Belén, La Cruz, La Asunción, Los Apóstoles, Los Mártires, San Ignacio Guazú, San Francisco de Borja, San Javier*, han dejado escrita en esta tierra virgen la historia del cristianismo desde su cuna en Belén hasta San Javier, el último de los apóstoles que fue por el mundo a anunciar a las naciones la buena nueva.

Las misiones de los jesuitas han dejado en esta parte del mundo una triste historia, y a orillas del Uruguay y del Paraná, por todo recuerdo, bosques de naranjales y granados que indican donde estuvo alguna de sus famosas reducciones.

Era la Menfis del gobierno teocrático de esta compañía de sabios, Yapeyú, situada a la margen norte del Uruguay. Todavía se descubre entre el espeso bosque que cubre sus ruinas la plaza rodeada de corredores dobles para abrigo bajo su sombra a los transeúntes, sostenida la galería por columnas robustas de urundey en basamentos de piedra labrada. Sobre las murallas desmanteladas de los templos crecen hoy cactus colosales, de las formas extravagantes que asume este primer ensayo de la naturaleza para formar de hojas árboles; y como si hubiese querido iluminar a la luz del sol aquella escena de desolación que a los rayos de la luna sería, melancólica y fantástica, mézclanse a los cactus y enredaderas, bromelias, con sus hojas de un vivo color de lacre, que hacen a la distancia efecto de flores gigantescas.

Existe el Colegio, residencia de la orden dondequiera que hubo reunido un plantel de sus miembros. Existen los almacenes públicos que guardaban los víveres para un pueblo regido, como lo han propuesto más tarde los filósofos socialistas, en comunidad de bienes, bajo la tutela paternal del gobierno. Pero ha enmudecido la campana que ordenaba levantarse por las mañanas y orar; salir a los campos a trabajar; volver a los refectorios a comer y orar; ir a la iglesia a oír el catecismo; volver a sus casas a acariciar a sus hijos y a orar.

De la población que rebullía en la plaza de los torneos, plantada de algodonereros florescentes, no queda hoy, sino alguno de estos testigos de otras épocas, sofocados por *orquídeas* de todos colores, aprisionados por enredaderas en que triscan monos, o hacen sus nidos las aves. Bosques de naranjales y de granados señalan por donde quiera, en estas provincias que la naturaleza ha recobrado, los lugares que recibieron por un momento el sello de la civilización.

Los tigres han hecho su morada de los templos ocultos entre malezas y palmeros, y acaso sus cachorrillos juegan a la claridad de la luna con cabezas de querubines talladas en piedra o en madera, y que ruedan hoy por el suelo desprendidas de los altares de que fueron ornato.

Un centenar de indios guaraníes dispersos en la vecina isla, donde cultivan para sus necesidades un poco de maíz, tabaco o caña de azúcar, ignora hoy que son ellos los últimos restos de una población floreciente, y hasta han olvidado la memoria de los jesuitas, si bien a falta de sacerdotes suelen reunirse los domingos a cantar alabanzas a Dios al son de flautas, guitarras y violines, que hicieron entre ellos populares los misioneros, que se servían de la música como medio civilizador.

Las famosas misiones no han producido en la historia de América hecho ninguno que afecte su civilización o sus progresos. Nada ha sido de aquella facticia asociación, ni el pueblo que en todas partes sobrevive las grandes catástrofes que hacen desaparecer los imperios, ni monumentos que recuerden su gloria, ni instituciones que otros pueblos reciben como un legado.

Y sin embargo de Yapeyú, capital de las malogradas misiones, salió la espada que debía cortar las cadenas de las colonias españolas, dando a la mitad de la América la independencia que las constituiría, en el porvenir del mundo, campo vasto para el ensayo de las modernas instituciones republicanas.

El Capitán General de tres repúblicas sudamericanas, el fundador armado de la independencia de medio mundo, *D. José de San Martín*, nació en Yapeyú el día en que dejaba de ser la residencia del gobierno teocrático.

Los restos mortales del General San Martín están en Europa; su estatua colosal se elevará bien pronto en el llano de Maipo a las faldas occidentales de los Andes chilenos; su biografía es el comienzo de la historia de Chile y del Perú; y de la América del Sur, el mundo no acata otro representante de sus glorias, si no se exceptúa a Bolívar, que aquel varón esclarecido que no tuvo patria, porque la suya, las Misiones Guaraníes, había muerto al darlo a luz y porque la capital política que recobró el territorio que ocupaban, cuidó de negarle los derechos de ciudadano para que mejor fuese el ciudadano universal de esta parte de América.

Si es la gloria la dilatación de la existencia del hombre más allá del lugar y de la época que le vio nacer, la de San Martín excede ya a la de todos los contemporáneos, pues el influjo de sus actos abraza medio continente, y su nombre está incorporado en la historia de cinco naciones americanas, sin que haya pasado inadvertido en la España misma, a cuya libertad contribuyó en las primeras victorias que alcanzó aquella nación para desasirse de la robusta garra de Napoleón.

## II

El 25 de febrero de 1778, año en que las colonias inglesas de Norteamérica, reunidas en congreso, consolidaban su independencia por un pacto de Confederación, nació en Yapeyú, entonces provincia agregada al virreinato de Buenos Aires, D. José de San Martín, en la casa de gobierno, por ser hijo del Coronel D. Juan de San Martín, enviado a pacificar y gobernar aquellas comarcas, inmediatamente después de expulsada la Compañía de Jesús. Su infancia debió deslizarse entre las armas, que son los instrumentos del gobierno, y los soldados que ocupan las avenidas de la residencia del poder, acariciado por los solicitantes, acatado por la muchedumbre, y habituado a mirar los cuidados del gobierno a que se entregaba su padre, como funciones ordinarias de la vida, y acaso como prerrogativa y herencia suya cuando hubiese de ser hombre.

De estas impresiones de la primera infancia, al decir de Barros Arana, quedaron rastros entre sus condiscípulos de escuela en Buenos Aires, a quienes dividía en bandos de guaraníes o portugueses, para hacer guerras infantiles, como aquellas reales entre cuyo estrépito había nacido, sin que se sepa que de la patria llevase a España adonde le trasladó su familia otro recuerdo que estos nombres, y acaso imágenes risueñas de las selvas tropicales, del templo de Yapeyú y de las majestuosas aguas del Uruguay que bañan comarcas fértiles, pintorescas, y sin embargo desiertas, como si esperasen, después de borrado de la faz de la tierra el abortivo plan de sociedades jesuíticas, soplo más vivificante que el del gobierno colonial que no había podido sustituirle otro plan de gobierno mejor.

De edad de nueve años fue colocado en el Real Seminario de Nobles de Madrid para recibir la instrucción que convenía a persona de familia tan distinguida en el servicio real, habiendo cursado las clases que preparaban a la noble profesión de las armas, que con tanto lustre debía abrazar. Es digno de notarse el lenguaje del rey en las *Instituciones* de este Real Seminario. "La educación de la nobleza, dice, siempre ha querido que tenga por primer objeto la instrucción en la Religión Católica, y cuanto se cree preciso para que algún día me sirvan con utilidad, siendo el dechado de todos mis vasallos, en religión, amor y fidelidad a mi real servicio y persona". Concluidos sus estudios, San Martín entró en servicio del rey como ayudante de órdenes del general Solano, marqués del Socorro y de la Solana.

Su primera campaña en la península le traía a los campos de la realidad las primitivas antipatías de razas. Guerra a los portugueses y a los indios fue el grito popular en las misiones y provincias españolas, fronterizas a las colonias brasileras, como fue en España la guerra a moros y portugueses durante siglos, dejando rastros en los modismos y alusiones del idioma mucho tiempo después de desaparecida la causa.

Carlos IV de acuerdo con el dominador de la Francia, hizo aprestar un ejército para penetrar en los Algarbes, y el marqués del Socorro al mando de 6.000 hombres llevó consigo a su edecán favorito San Martín, que tuvo por este motivo ocasión de pisar tierra de portugueses en Yelves en Europa.

Grandes acontecimientos políticos tenían lugar por entonces en la península española. Napoleón maquinaba apoderarse de España, gobernada entonces por un rey degradado, una corte corrompida, y un favorito que la reina había impuesto a su burlado esposo. Los españoles ilustrados conspiraban a

su vez, por devolver a su país las libertades perdidas de tantos siglos, y poner orden en el espantoso desorden de aquella monarquía decrepita, que no prometía regenerar el advenimiento próximo del príncipe de Asturias, después Fernando VII.

La dominación francesa parecía a muchos preferible a la decadencia y nulidad a que el despotismo había llevado a la España; y es un hecho histórico que la gran mayoría de los hombres ilustrados fueron del partido que se llamó *afrancesado*. El general Solano, al principio muy ardiente opositor a los franceses, mostróse en Cádiz después de vuelto de su expedición al Portugal, poco cuidadoso de la presencia de una escuadra francesa surta en el puerto, no obstante la excitación popular acaudillada por algunos frailes que pedían a gritos su desalojo.

La excitación tomó las formas de una vasta insurrección, y Solano asaltado en su palacio, murió despedazado por el pueblo en las calles, escapando San Martín de ser asesinado con su jefe, y pasando a poco al servicio del general Castaños, después de haber formado parte de otras divisiones de ejército y servido en la infantería, hasta que su genio argentino se reveló en sus peculiares aptitudes para la bizarra arma de la caballería en que debía distinguirse como soldado.

En la batalla de Bailen, menos famosa por los laureles conquistados que por ser el primer contraste de las armas imperiales, y la revelación de las fuerzas de un pueblo cuando quiere resistir, San Martín recibió el grado de teniente coronel, a consecuencia de sus maniobras habilísimas antes de la batalla. Un año después, en la batalla de Albufera, fue hecho coronel sobre el campo de batalla mismo, lo que abona sus talentos y valor, que ya de antemano, a las órdenes del marqués de la Romana, lo hacían un jefe de consejo. Dio realce a estas prendas aquel día su encuentro cuerpo a cuerpo con un oficial francés, a quien dejó muerto en el campo en presencia del ejército.

El caudillo de la independencia americana había probado ya en cien combates el temple de su espada, y halládolo superior a las resistencias que habría de vencer.

La batalla de Albufera tenía lugar el 15 de mayo de 1811, y el tiempo transcurrido entre esta fecha y el 25 de Mayo de 1810, era bastante para instruirle de la empresa que debiera acometer, dejando a franceses, y españoles rancios, a absolutistas y constitucionales que se entendiesen en sus cosas como mejor pudiesen. ¿Qué le importaba a un americano la independencia de la península española, si su lejana patria había de seguirla a la esclavitud si ella era esclava, y ser siempre colonia si aquella lograba emanciparse?

Y aquí cumple hacer una observación que explica algunos hechos de la vida posterior de San Martín. Viviendo en contacto con el general Solano, y en su calidad de ayudante de órdenes, admitido a la frecuencia y trato de otros personajes distinguidos, pertenecía en España al partido liberal, a quien pertenecía Solano, y estaba afiliado en las sociedades secretas que preparaban la emancipación política de la nación. Así que cuando en el curso de los sucesos se encontró más tarde en América con los generales españoles del partido constitucional del Perú, no trepidó en hacerles proposiciones que éstos estuvieron a punto de aceptar, por haber en esta parte comunidad de principios entre los americanos y los españoles.

Es también un hecho que no debe olvidarse que los más notables caudillos políticos y militares de la independencia americana, recibieron en la península sus primeras inspiraciones, de acuerdo en esto con los liberales españoles, aunque no lo estuviesen más tarde en las consecuencias lógicas de los principios. Bolívar, San Martín, Belgrano, Alvear, Funes, Oro, Rivadavia y muchos más de entre los protagonistas de la revolución, trajeron de la península los principios políticos, o la ciencia militar para hacerlos efectivos.

Encuétrase por esta época ligado a San Martín, uno de los eslabones de la cadena misteriosa que reunió a los más notables promotores de la independencia americana, dando unidad a un plan que abrazaba un continente entero, y tenía por blanco destruir la dominación, no sólo de un gobierno sino de un pueblo que formaba en América una verdadera oligarquía, cual eran los españoles peninsulares emigrados a estas colonias, o enviados ex profeso a ejercer los cargos del gobierno.

El levantamiento de los criollos requería prudencia, sigilo, y combinación en todos los puntos de la América española, y ¡cosa natural, aunque sorprendente! en España se urdió la trama de la tela de los grandes acontecimientos que muy luego se realizaron en América.

Cuatrocientos hispanoamericanos diseminados en la península, en los colegios, el comercio, o los ejércitos, se entendieron desde temprano para formar una sociedad secreta, conocida después en América bajo el nombre de Lautaro. Para guardar secreto tan comprometedor, se revistió de las fórmulas, signos, juramentos y grados de las sociedades masónicas; pero no era una masonería, como generalmente se ha creído, ni menos las sociedades masónicas entrometidas en la política colonial.

Estaban afiliados a ella, en España, Bolívar, San Martín, Alvear, Zapiola, y cuantos jóvenes daban seguridades de abrazar la causa de las colonias españolas, que no podían como las de Inglaterra resistir a la opresión de la madre patria, con la franqueza que autorizan las libertades inglesas. La venta de Cádiz contaba cuarenta americanos afiliados. Había otra venta en Londres, desde donde partía la correspondencia a la Habana, a Méjico, Venezuela, Buenos Aires, centros de otras ventas o sociedades. La mayor parte de los hombres que figuraron en la época revolucionaria estaban afiliados en la logia Lautaro; y no son pocos los hechos históricos que han sido producidos por sus decisiones. Nombramientos de gobernantes, expediciones, cambios de generales, renunciaciones y aún revoluciones salían de aquellos talleres ocultos al vulgo, que llevaban a cabo la difícil obra de la independencia.

El primer grado que se hacía conocer a los neófitos era la independencia nada menos, y éste el credo que debían confesar, y la religión por la que debían inmolarsen. El texto del segundo lo reproducimos tal, como el secretario de la logia Lautaro en España, nos lo ha recitado a los setenta y seis años de su edad, el general Zapiola. "Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria, sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y siendo el gobierno republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por ese sistema".

Con tales doctrinas y principios tan netamente fijados a la aurora de la revolución, se comprende ahora por qué fracasaron todas las tentativas de crear monarquías.

A fines de 1811 San Martín partió para Inglaterra, favorecido en su propósito por el valimiento del general Sir Carlos Stuard, que mandaba la caballería inglesa en España, y el 13 de marzo arribó al puerto de Buenos Aires la fragata *George Canning*, trayendo a su bordo tres oficiales argentinos que los campos de batalla han oído saludar generales, San Martín, Alvear y Zapiola. ¡Todo era auspicioso y de buen augurio! Bajo el nombre del ministro que reconoció la independencia conquistada de las colonias españolas, una nave inglesa desembarcaba en nuestras playas al Hernán Cortés que había de rescatar este mundo de la España.

### III

Descendía de la fragata inglesa a las playas de Buenos Aires D. José de San Martín, el 13 de marzo de 1812, en la época de la virilidad del hombre de acción, de treinta y cinco años de edad, coronel prestigioso que había derrotado a los lanceros de Murat, alto de talla, de arrogante e imponente figura, lanzando miradas escrutadoras, con dos ojos negros fulminantes, que nadie de los que los vieron ha olvidado, y que figuran más que sus palabras duras, sus órdenes breves y conminatorias, en las tradiciones de la independencia americana. Ningún retrato ha podido reproducir aquella mirada que desconcertaba a los enemigos, y cuantos artistas han emprendido la obra, han fracasado ante el clamor de los espectadores en Buenos Aires, en Chile, en el Perú, todo, menos aquellos ojos en que estaba reconcentrada el poder de una idea elevada, y la voluntad de un alma de hierro.

Bajo la impresión de la tradición americana, vímoslos en Francia en el venerable rostro del anciano, cultivador de melones y zapallitos americanos en Grandbourg; pero ¡oh, dolor! estaban ya extinguidos: una niebla azulada perdía los contornos de las pupilas que debieron ser determinadas con precisión. Eran pequeños, y con el hábito de los goces domésticos, adquirido esa blandura patriarcal que distingue la fisonomía de los ancianos de elevado carácter. Algunas veces, trayéndole con maña los recuerdos de la época de su gloria, logramos que se dilatasen aquellos párpados sueltos ya, como la vela que no hincha el viento recio de las tempestades. Algunos destellos fugitivos centelleaban por un momento, pasado el cual reaparecía el viejo apacible y cariñoso, con la sonrisa estampada en los labios mismos que el hábito del mando había tenido tendidos como una cuerda durante quince años, pues es fama que como a Washington, pocos hombres le vieron reírse cuando era coronel o general en los ejércitos.

Con recomendaciones poderosas de la sociedad de Lautaro en España y Londres y un pensamiento fijo, dos meses después de su llegada a Buenos Aires estaba acantonado en el Retiro, disciplinando los reclutas que luego llevaron el nombre de Granaderos a caballo. Los Granaderos a caballo son la epopeya de la revolución de la independencia. Cuéntanse diez y nueve generales y cerca de doscientos oficiales de todas graduaciones salidos de sus filas. Halláronse sus escuadrones en San Lorenzo, donde probaron sus sables, anchos en la punta, suavemente templados, de empuñadura delgada y montados con adorable equilibrio. Las fábricas europeas dejaron de mandar después armas de munición de la calidad de aquéllas, de que se encontraban todavía algunas hojas ahora veinte años en Mendoza y Chile. Pero los Granaderos a caballo no las usaron como salían de la fábrica sino después de

pasadas a molejón, hallando siempre los soldados que les quedaba sabrosa la mano al dar una cuchillada.

Sus escuadrones se encontraron sucesivamente en Montevideo, en Tucumán, en Mendoza, en Chacabuco, Talcahuano, Maipo, Lima, Junín y Ayacucho. A las órdenes del comandante D. Juan Lavalle, se batió el suyo en retirada en Torata y Moquegua, atravesó a pie con el recado al hombro los arenales dilatados del norte del Perú pereciendo de sed; y llegó al Ecuador donde a vista del Chimborazo y de Bolívar, dos dignos testigos de sus hazañas, por sólo mostrar la pujanza de sus mandobles, se batieron con una división española de cuatrocientos hombres, éstos a lanza, a sable aquéllos, dejando ciento cincuenta muertos en cambio de algunos chuzasos recibidos. A la hazaña de Ríobamba se siguió la batalla de Pichincha.

En 1826 un día los vecinos de Buenos Aires acudían en tropel a ver entrar ciento veinte hombres al mando del coronel Bogado, últimos restos de los Granaderos a caballo, que volvían después de trece años de campañas por todas aquellas Américas, como ellos decían a deponer sus armas en el Parque de donde las habían tomado, anunciando que no quedaba un español armado en todo el continente. Sus armas y su estandarte formaron un trofeo en la sala de armas.

La tarea estaba terminada. ¡No sabemos si la patria les dio las gracias! Siete soldados volvieron, los únicos que quedaron vivos o reunidos en cuerpo de los que salieron del Retiro. De éstos sí que sabemos que no fueron distinguidos por pensión ni gracia alguna.

En la guardia de prevención traían dos reos, que fueron remitidos a las autoridades. Eran dos soldados de los sublevados que entregaron a los españoles las fortalezas del Callao. Dos traidores a la patria. Rivadavia mandó fusilarlos. La guerra del Brasil iba a comenzar, y ante todo era preciso remontar la moral del nuevo ejército, con el castigo de delincuentes que de luengas tierras venían a su patria a servir de escarmiento.

¿Cómo se obraron estos prodigios?

Hasta la creación del Regimiento de Granaderos a caballo, el patriotismo y el valor habían disipado su fuerza en combates sangrientos en que perecieron a millares los más distinguidos ciudadanos. Los caminos que conducen al Alto Perú se veían desde 1811 adelante cubiertos de jóvenes de las primeras familias, estudiantes que abandonaban su carrera, comerciantes que cerraban sus almacenes para acudir a los campos de batalla, como el pueblo de París en los días gloriosos de la revolución marchaba a la frontera al grito de la patria en peligro.

San Martín se propuso economizar hijos a las madres y brazos a la industria, montando esa mecánica humana que se llama regimiento, compuesta de articulaciones animadas, pero con una sola alma y un solo espíritu; máquinas de vencer resistencias, de matar en regla con pocos brazos y mucha potencia de destrucción. La táctica y la disciplina eran mucho; pero más era el espíritu moral de estos veteranos que debían imprimir su sello a todos los ejércitos. Tomó al efecto jóvenes robustos, bellos, educados en las maneras cultas, susceptibles de todos los sentimientos nobles. Hízoles llevar la cabeza erguida con exaeración, y avanzar el pecho hacia adelante con altanería. Para atusarse los bigotes debían levantar ambos codos más arriba de la altura de la mano, y no dar vuelta la cara sin volver el cuerpo entero. El lenguaje insolente de estos matones debía corresponder a su talante; y sus

actos a su lenguaje. Una sociedad secreta cuidaba de que todo insulto fuese lavado con sangre, y toda acción innoble trajese en pos la excomunión del mal caballero, a quien ninguno de sus compañeros dirigía la palabra hasta su separación del cuerpo. Permitidas las calaveradas extravagantes o licenciosas, con tal que fuesen de buen género y en buena compañía, estos bizarros jinetes, galanes rendidos, sableadores insignes, han dejado por toda la América rastros de proezas que es lástima no pueda la historia recoger, como el polvo que se pega a los grandes acontecimientos.

De diez cuadras podía conocerse a la distancia un oficial del ejército de San Martín, por esa transfiguración del aspecto humano, obrada por la dilatación del espíritu; y hasta ahora es fácil conocer un viejo coronel o un simple soldado por la manera de llevar la cabeza a la Saint Just, mirando más arriba del horizonte.

Lo que había hecho con los Granaderos a caballo repitiólo en Mendoza San Martín con cerca de tres mil reclutas, pues no pasó de este número el ejército que osó escalar los Andes para desafiar el poder de la España en el Pacífico. La victoria era para él fruta sazónada de una planta que requería esmerado cultivo. El campamento del Plumerillo en Mendoza estaba aislado, en campo llano. Guardaban sus avenidas partidas de rastreadores, que traían todas las mañanas al recluta bisoño que en la noche desertaba. Dos años y medio después de comenzado este trabajo de hacer de un hombre una máquina de matar, movida por otra voluntad que la suya, escribía San Martín a un amigo: "Si los españoles pasan la Cordillera puedo vencerlos; pero mis soldados no estarán hasta dentro de seis meses en estado de ir a buscarlos".

Al Congreso de Tucumán aconsejaba mandar reclutas de Salta a Buenos Aires, a prepararlos para la guerra del Alto Perú, porque la proximidad del teatro de la guerra, decía, era un obstáculo para la educación de los ejércitos; y mientras preparaba el suyo en Mendoza, insistía en que se mandasen traer de Europa seis generales expertos de que había notable falta para el mando de los varios ejércitos.

El 4 de febrero de 1813 San Martín recibió orden de marchar hacia Santa Fe con su regimiento, para observar los movimientos de una fuerza española de desembarco que había subido el río Paraná.

Esta era la primera tentativa de los realistas para traer la guerra a este lado del Río de la Plata, y convenía escarmentarlos de manera que no lo intentasen segunda vez.

Cuatro leguas más allá del Rosario, se divisa en la desnuda pampa blanquear a lo lejos el Convento de San Lorenzo, situado en las márgenes del Paraná. El tino estratégico de San Martín le hizo comprender que desembarcadas las tropas correrían a tomar posesión de aquel único punto fuerte y amurallado, y con su reserva característica logró meter su regimiento dentro, algunas horas antes del desembarco que efectuaron el 12 de febrero en la mañana. Marchaban trescientos españoles a son de caja, dirigiéndose al convento, gozosos de encontrar asilo tan socorrido en aquellos desiertos, cuando a cien pasos de la puerta vieron salir de los costados del edificio, y cargarlos de improviso todo un regimiento de Granaderos a caballo que hizo pepitoria de sus columnas no escapando más de cincuenta de aquéllos que pudieron salvar del aguacero de sablazos que caía sobre ellos.

El 12 de Febrero, como el 14 de Agosto para Napoleón, fue día auspicioso para San Martín. En Chacabuco recogía más tarde aquél día mismo

el fruto de este feliz comienzo. Los españoles no pisaron jamás el territorio de la provincia de Buenos Aires.

Con tales muestras de capacidad San Martín fue elevado al rango de Coronel Mayor, y destinado después de las derrotas de Vilcapujio y Ayohuma al mando del ejército del Alto Perú, disperso, y conteniendo apenas de este lado de Salta el avance de los ejércitos del rey. Pero San Martín encontró allí enemigo más temible para él que los españoles, en una turba insolente de jefes pretenciosos e insubordinados y montoneras en lugar de ejército; y después de intentar en vano introducir un poco de disciplina fingió esputar sangre, retiróse a Córdoba a curarse, y desde allí dejó traslucir al gobierno de Buenos Aires cuan bien le sentaría el clima de la pobre y apartada provincia de Cuyo, de que logró hacerse nombrar intendente. Era que había encontrado impracticable, estratégicamente hablando, el camino a Lima por el Alto Perú, y quería franqueárselo por los Andes chilenos. Era aquel, tiempo de intrigas, partidos, cabalas y ambicioncillas en Buenos Aires, e indicar una idea atrevida y de lenta preparación habría sido como confiar secretos a los niños.

Fue a los principios de su gobierno en Mendoza el intendente más bonachón que había recibido la provincia. No tenía un soldado, ni objeto para crear tropas. Estudiaba en tanto los negocios muy críticos ya de Chile, los caminos de la cordillera, las gentes y recursos de Cuyo, y con este o el otro pretexto animaba al gobierno de Buenos Aires después de la pérdida de Chile con ideas de este género: "Chile, Excmo., señor, debe ser reconquistado: limítrofe a nosotros, no debe vivir un enemigo dueño despótico de aquel país. Sí señor: es de necesidad aquella reconquista, pero para ello se necesitan 3.000 a 4.000 brazos fuertes y disciplinados, único modo de cubrirnos de gloria, y dar libertad a aquel Estado..." Diósele al fin la orden de levantar un ejército incorporándosele su caballo de batalla, los Granaderos a caballo, que fueron en efecto a reunírsele, dos escuadrones que habían pasado a engrosar el sitio de Montevideo, y los dos que le habían acompañado a Tucumán.

Muy a los principios de su gobierno en Mendoza, y cuando aún no tenía un soldado a sus órdenes, tuvo que hacer prueba de su energía y sagacidad para someter las fuerzas que con su jefe a la cabeza habían pasado de Chile, escapando de la final derrota de los patriotas por las fuerzas españolas.

Después de haber prestado todos los auxilios que debía a la emigración chilena, encontró en D. José Miguel Carreras y sus oficiales el desacordado empeño de obrar en el territorio de Cuyo con la misma autoridad que ya no tenían sobre el de Chile. San Martín ensayó todos los medios que la prudencia sugería para traer a buenos términos a aquellos caudillos, logrando segregarlos, con el general O'Higgins, parte de las fuerzas; pero sin lograr hacerles reconocer su autoridad, que se complacían por el contrario en ajar de una manera insolente.

San Martín pareció al fin contemporizar con las dificultades, y cesó de hacer reproches a los Carreras, que se creyeron en posesión de una autoridad incompatible con su situación y la del gobierno que los acogía.

Entretanto San Martín había hecho descender de la cordillera a los auxiliares cordobeses al mando del coronel Las Heras que guardaban sus pasos, y una mañana abocando dos piezas de artillería a la puerta del cuartel de las tropas de Carreras, circunvalado por la infantería cordobesa y las milicias mendocinas, dióles diez minutos para escoger entre metrallarlos o reconocer lisa y llanamente la autoridad del gobierno. Carreras y sus

partidarios fueron alejados de la provincia, y las tropas chilenas o dispersas o enviadas a otros puntos del territorio.

Su sistema de administración de los pueblos se resentía de las ideas de abnegación de la época, de la religión del patriotismo y de la empresa acometida: la independencia. Independencia de la España, a expensas de los españoles, por los brazos, con las vidas de los americanos, quienes no tenían otro derecho que el de escoger, entre la vida o la fortuna, el don que debían hacer a la patria.

Es interesante la clasificación extraída de documentos originales por Barros Arana, de los recursos que San Martín improvisó para crear aquel ejército. Contribuciones extraordinarias de guerra —los capitales a censo de monjas y cofradías, la limosna recolectada para redención de cautivos, donaciones gratuitas del vecindario, un auxilio pecuniario de 5.000 pesos mensuales y después 20.000 que mandaba Buenos Aires, las temporalidades de la provincia, realización de los fondos pertenecientes al colegio, venta de tierras públicas, impuesto sobre la extracción de vinos y aguardiente, el derecho de alcabalas, el de papel sellado, patentes de pulperías, las rentas recolectadas en San Juan y Mendoza y contribuciones voluntarias y forzosas, confiscación y realización de los bienes de los godos que emigraron a Chile, apropiación de los bienes de los españoles que morían sin sucesión, penas pecuniarias a los condenados por causas políticas, impuesto sobre el consumo de la carne, empréstitos forzosos al vecindario - Añádase a éstos: esclavos dados libres para formar el personal de batallones, sementeras de grano y cereales para alimento del ejército, el servicio personal gratis de toda persona de cuyo concurso hubiese menester, diez mil muías y dos mil caballos para el movimiento y remonta del ejército, todas las milicias necesarias para guardar los pasos de la cordillera durante cuatro años, costura de uniformes, auxilio de frazadas, cuero de carnero, etc., etc. - Obteníanse todos estos recursos por una rara combinación de terror y de seducción, por el sentimiento exaltado del patriotismo y una severa y prolija administración, unida a una economía suma.

San Martín en sus últimos años nos ha referido con enternecimiento muchos casos extraordinarios de abnegación espontánea de los vecinos de Mendoza. Los carreteros no admitían pago de viajes desde Buenos Aires, realizado uno en diecinueve días con armamento. Los labradores sembraban parte de sus campos para el ejército, o partían sus cosechas con el general. De chasques a Buenos Aires a los puestos avanzados en la cordillera o a Tucumán, donde residía el Congreso, servían personas animosas que realizaban prodigios de celeridad en sus viajes. Las damas no vivían sino cosiendo ropas o haciendo hilas para el ejército; y durante los tres años de su creación, Mendoza, San Juan y San Luis fueron verdaderos arsenales de guerra, ocupada toda la población en el servicio del ejército. La maestranza de Mendoza, bajo la dirección de Beltrán, fabricaba fusiles excepto el cañón, fundía balas, confeccionaba cohetes a la congrève, fornituras, morriones y cuanto necesitaba un ejército.

San Martín presidía a todo, disciplinaba su ejército, gobernaba la vasta provincia de Cuyo e influía en el Congreso para que declarase la independencia de las Provincias Unidas. La correspondencia original de San Martín de que otra vez hemos publicado fragmentos, ha dejado comprobada de un modo evidente su influencia en aquel acto importante. Véase por ella que el Congreso resistía la medida, diciéndole el diputado Godoy Cruz que no era

soplar y hacer botellas; pero él insistía conjurando a Fr. Justo de Santa María de Oro, después obispo de San Juan y entonces diputado, y al doctor D. Narciso Laprida presidente del congreso a dignificar la condición de rebeldes con aquella soberana sanción que al fin se realizó.

En su gobierno de Cuyo mostró las asombrosas cualidades de su espíritu y el poder de acción que lo caracterizaba. Sabía electrizar a las gentes buenas, hechizar a los que necesitaba ganar, aterrar a los adversos y desmoralizarlos; y a todos, pueblo y soldados, oficiales y gobernantes inspirarles el fanatismo del deber, la religión de la exactitud, y la nimia observancia de los mandatos.

El rasgo distintivo de su carácter era la astucia y el secreto. Su pensamiento estaba herméticamente cerrado en su pecho. Nadie supo jamás, ni su secretario privado Álvarez Condarco de quien tenemos el hecho por qué camino debía traspasar los Andes el ejército; y amigos y enemigos estuvieron engañados hasta mucho después de haber salido de Mendoza la expedición. Verdad es que en esta ignorancia fundaba el éxito de la campaña, y los resultados lo probaron. El 12 de febrero, día de la batalla de Chacabuco, atravesaban por Santiago los batallones españoles que venían a marchas forzadas del sur de Chile, adonde él había dejado sospechar que intentaba acometer.

Cuéntase que al salir de Valparaíso la escuadra, conferenciaba sobre cubierta con lord Cockrane, el almirante, sobre el plan de desembarco en las costas del Perú, y que, apercibiéndose de que un sargento, su asistente, a quien estimaba mucho, había oído la conversación, llamó a un oficial y le hizo dar cuatro tiros en el acto, y arrojarlo al agua. Si el hecho no es cierto es verosímil. Su pasión era el secreto, y aquel infeliz viviendo no le habría dejado dormir tranquilo.

Del mal aventurado encuentro con los Carreras en Mendoza se originaron actos posteriores de encono y persecución que terminaron con la muerte trágica de los tres hermanos, y que han dejado un punto sombrío en la vida de San Martín que no fue extraño a la merecida muerte que recibieron, pues se tornaron en abiertos conspiradores dos de ellos, y en bandido argentino el más notable y digno entre todos. Ligase a este bando de los Carreras, la muerte de Rodríguez, patriota chileno, que su partido atribuye también a la combinada acción de O'Higgins y de San Martín, que debieron temer un alzamiento del bando de los Carreras que apenas muestra amortiguar su odio irreconciliable después de cuarenta años transcurridos.

El general San Martín había recibido si no órdenes del gobierno de Buenos Aires de no moverse, al menos indicaciones muy claras de que ese era el pensamiento dominante. Aun quisieron los partidos de Buenos Aires sustituirlo por otro jefe, combinación que desbarató su sagacidad acostumbrada. Sin embargo, estando ya en marcha el ejército, alcanzólo en la cordillera el coronel de la Quintana, con órdenes terminantes para que no llevase a cabo la expedición, cuya próxima partida había anunciado. Afortunadamente Quintana era su deudo, y pudo San Martín reposar en la confianza de que obedecería la orden que recibió de no revelar a nadie el objeto de su viaje. Esta vez se manifestó muy perplejo, y pasó la noche en angustias mortales, sin resolverse a tomar un partido, y revelando a su secretario, contra su costumbre en los casos arduos, el fatal secreto. La situación era crítica por demás, no queriendo desobedecer al gobierno, lo que

desmoralizaba el ejército, no pudiendo obedecerlo, porque obedecer, vacilar siquiera era una derrota, y acaso la pérdida de toda esperanza de salvación.

La orden del día a la mañana siguiente hizo reconocer jefe del estado mayor al coronel de la Quintana, y nunca se supo que de tales órdenes hubiese sido portador. Nadie se imaginaba que el general en jefe del ejército libertador contaba con la victoria no sólo para libertar la América, sino para salvar su cabeza del patíbulo; pues es claro que si la derrota de Cancha Rayada, a consecuencia de la cual se le mandó comparecer a Buenos Aires, hubiese tenido lugar en Chacabuco, el consejo de guerra hubiera tenido menos que acusarlo de la pérdida de un ejército, que de la desobediencia a su gobierno.

La batalla de Chacabuco había sido preparada cuatro años antes con el ejército; dos con las estrategias que fraccionaron el ejército español; un mes antes con esta declaración del general en jefe: "Si los españoles no saben el camino que llevo, el 15 de febrero entraré en Santiago." El 12 fue la batalla, lo que prueba que los españoles no supieron por dónde caían tres mil hombres con diez mil animales, trenes de artillería, bagajes, etc., y el 15 entraba, en efecto, en Santiago.

San Martín antes de lanzarse en los desfiladeros de los Andes había hecho levantar prolijos planos de sus caminos, y por el ingeniero Arcos uno exactísimo de las cordilleras, ayudado por el mapa de Bauzá, de las relaciones de viajeros y baqueanos célebres, y por las noticias y detalles que encargó recoger a Álvarez Condarco su secretario, a quien envió cerca del presidente de Chile Marcó, con la más extraña embajada que podía esperar de parte de los rebeldes un representante de la corona de España. Condarco debía someterle respetuosamente el Acta de la Independencia de las Provincias Unidas, que el presidente mandó quemar por mano del verdugo, como "billete infame y denigrativo de la alta soberanía de España", lo que era muy del caso; pero como era igualmente del caso que no dejaran volver al emisario por donde había ido, Condarco tomó nota sobre los dos caminos de Uspallata y los Patos, que era el objeto de su misión.

La invasión de Chile se hizo por una combinación estratégica de dos divisiones de ejército que marchaban incomunicables para sus movimientos, pero aseguradas de todo ataque parcial por las montañas mismas que los separaban. El 8 de febrero entraba por el norte del valle de Aconcagua el grueso del ejército que había descrito un arco de círculo desde Mendoza por el camino de los Patos, y el coronel Las Heras con un batallón y la artillería por la cuerda que formaba el recto camino de Uspallata, y el 11 daban reunidas todas las fuerzas argentinas la famosa batalla de Chacabuco, en que los españoles no pudieron formar más de dos mil hombres, avanzados desde Santiago a marchas forzadas, pues que recién ese día y al siguiente llegaron del sur los batallones Chiloé y Chillan, y los húsares de Barañao, que habrían podido poner en conflicto la victoria, con su oportuna presencia en el campo de batalla.

La residencia de San Martín en Chile, es de desde el día siguiente de su entrada el centro desde donde parten todos los elementos organizadores de un país que acaba de cambiar de destinos, de gobierno y de existencia. Rehusó el nombramiento de Presidente de Chile con que la gratitud de los patriotas quiso honrar sus servicios, recomendando al General O'Higgins, chileno, para tan importante encargo. Una fuerte división del ejército continuó arrollando a los españoles hasta Talcahuano, donde se fortificaron, mientras recibían del Perú un refuerzo poderoso, y San Martín organizaba en Santiago el más poderoso y

más completamente equipado ejército de línea que haya pasado en revista general alguno en Sudamérica. Este ejército compuesto de trece mil hombres, zozobró como una nave sobre un escollo en la sorpresa de cancha rayada, pocas horas después de reunidas sus divisiones que marchaban al sur por caminos distintos, y la víspera de hacer irremediablemente prisionero al ejército enemigo que no podía continuar su retirada.

El General Las Heras salvando intactos cuatro mil hombres, y el comandante Melian reuniendo mil setecientos dispersos, pusieron luego a disposición de San Martín este poderoso núcleo para la rápida reorganización del ejército, que quince días después dio a las puertas de Santiago la sangrienta batalla de Maipo que puso fin a la dominación española en Chile y dejaba expuesta la residencia de los virreyes en Lima a la realización del vasto plan de asegurar la independencia de las colonias que venía llevando a término San Martín, desde que pisó las playas americanas.

Triunfos tan espléndidos de nuestras armas fuera del territorio de las Provincias Unidas, apenas encubrían el caos de desorden que los primeros movimientos del caudillaje naciente habían creado en toda la extensión de la República. El gobierno de Buenos Aires cometió el error de llamar los ejércitos de Chile y del alto Perú a apagar incendio que nacía de causas que el arte militar es impotente a dominar, porque estaban en la organización íntima de la sociedad. El General Belgrano obedeciendo perdió su ejército sublevado en Arequito, y aumentó nuevo combustible a las llamas. San Martín, sin desobedecer, salvó su ejército, dimitiendo el mando y aceptándolo de nuevo, proclamado General en Jefe por el ejército mismo. Salvólo en efecto de la disolución que alcanzó al número 1º. de los Andes que había pasado a Cuyo a remontarse; pero se hizo él mismo dependiente de sus generales que podían deponerlo por la misma autoridad con que lo habían elegido. En este escollo fracasó su gloria.

#### IV

Para acometer al Perú no eran ya nevados picos los que habían de escalarse improvisando los medios y ocultando su ejército a guisa de cazador cauteloso detrás de ellos. Era el anchuroso Océano que una escuadra y un ejército de desembarco debían presentarse ante las fortalezas del Callao a burlar la vigilancia, o vencer la resistencia de fuerzas superiores en número.

Cinco años empleó San Martín en Chile para preparar dignamente la empresa audaz de invadir el Sólido de los virreyes, y el 23 de Agosto de 1822 al zarpar desde Valparaíso la escuadra al mando del Almirante Cockrane, y los transportes que conducían poco más de cuatro mil veteranos, dirigía al gobernador de Mendoza esta lacónica despedida: "Sr. D. Tomás Godoy Cruz – A bordo del navío San Martín a la vela – Vamos caminando al último destino de nuestra independencia. Cualquiera que sea mi suerte, es y será su amigo – *José de San Martín*".

Muy prósperos vientos le hicieron ver pronto la costa del antiguo imperio de los Incas, puesto que el 8 de Septiembre tomaba tierra en las arenosas playas de Pisco, para reembarcarse en seguida y plantar sus reales en Huaras a cuarenta leguas de la capital.

Las glorias de aquella célebre campaña se dividen entre los generales de divisiones, y una epopeya encontraría el poeta en las aventuras y victorias del general Arenales, que internándose en las sierras, trajo a batalla campal y destruyó completamente las fuerzas de O'Orrelly.

Las provincias del Perú sacudían sucesivamente el yugo a medida que la presión de las fuerzas las dejaba respirar, al paso que el ejército español, dividido en bandos de constitucionalistas y absolutistas, vacilaba entre unirse a los insurgentes o combatirlos. San Martín hubo de traerlos a un avenimiento que fue aceptado después de depuesto el virrey Pezuela por el ejército español; pero los convenios celebrados en Puchanca no fueron definitivamente aceptados por su sucesor, y la guerra continuó con nuevo ardor.

La ocupación de Lima se siguió casi inmediatamente al desembarco. La recepción que hicieron al ejército y al general los habitantes de aquella ciudad tan populosa y tan rica entonces, es fácil de comprender, volviendo desde luego San Martín a consagrar su tiempo a los trabajos supremos de organizar un estado, sobre los escombros dorados del abandonado trono de los fastuosos virreyes, mientras que los jefes y oficiales del ejército apuraban la copa de los deleites de la Capúa americana, tan célebre en las tradiciones coloniales por el imperio de la belleza, las galas cortesananas y el dominó fantástico de las tapadas.

Por lo que a San Martín respecta, un destello del genio añadió todavía una rama a los laureles de Chacabuco y de Maipo. Las fortalezas inexpugnables del Callao quedaban en poder de los españoles, cuyas principales fuerzas habían ganado las cordilleras. Canterac comprendió la falsa posición de San Martín en la capital, sin el grueso de su ejército que obraba en otros puntos, y despeñándose por desfiladeros impracticables con tres mil hombres escogidos, de la noche a la mañana apareció amenazando los alrededores de Lima. San Martín halló toda la energía de acción que reparó en quince días el desastre de Cancha Rayada en Chile, electrizó a los cholos y mulatos de Lima, dióles jefes y la organización posible, y opuso seis mil hombres a los invasores, que en sus maniobras incesantes encontraron siempre de frente aquella frágil pero apercebida línea de defensa. Una noche el grueso de esta guarnición se dirigió con San Martín a la cabeza hacia el Callao, cubriendo siempre la ciudad; y no bien el día apareció, los soldados bisoños de su ejército apercebieron las columnas de Canterac que habían marchado también en la misma dirección y que tuvieron que encerrarse en las fortalezas.

Desde este momento Canterac y los fuertes del Callao estaban perdidos. San Martín estableció un riguroso bloqueo para hacerles devorar los víveres, y a poco hizo Canterac una salida desesperada para salvarse, perdiendo en la fuga cerca de un tercio de su fuerza primitiva que ganó a duras penas las alturas, y dejando las fortalezas a capitular por hambre, lo que se efectuó a los pocos días. Si más tarde la insurrección devolvió a la España este baluarte de sus dominios, fue ya en la ausencia del general en jefe, y cuando los capitanes habían dado a sus subalternos el ejemplo de la insubordinación.

Cuando hubo San Martín de darse cuenta de las fuerzas con que contaban los españoles y de sus propios recursos, halló que podían reunir en dos meses diez y nueve mil hombres, mientras él no contaba con la mitad para oponerles. El clima era fatal a los soldados oriundos de las regiones templadas, y las masas peruanas poco aptas para las duras fatigas de la guerra. Los generales de su ejército habían adquirido demasiada gloria para obedecer sin

observaciones, y las reyertas con Cockrane, la distancia del punto de partida, y su independencia del gobierno argentino, debilitado la moral o cerrado el camino a nuevos refuerzos. Chile estaba exhausto con tantos sacrificios hechos, y resentido aún de las heridas que al arrancárselos debieron hacerse a los intereses, a la justicia, o al egoísmo; y las Provincias Unidas desquiciadas en el interior, cansadas de equipar ejércitos, y el gobierno de Buenos Aires organizado constitucionalmente, después de haber apurado las heces de la anarquía. Los pueblos se mostraron sordos a sus reclamos por auxilios, y el gobierno de Buenos Aires, cuya autoridad había antes desconocido, declarado que para él "la guerra de la Independencia había terminado; y que si era necesario un ejército, su carácter debía ser el de conservador, empleándose tan sólo en guardar el territorio contra las incursiones de los bárbaros fronterizos que también, decía, nos han afligido mucho". ¡Salida egoísta de los pueblos que caen fatigados, un paso antes de llegar a la meta! Treinta años después, Buenos Aires volvía a proclamar los mismos principios, dejando inacabadas las obras que tan gloriosamente comenzó. San Martín desesperado por este lado volvió los ojos a otra parte en busca de elementos para terminar la guerra y libertar América.

Desde la otra extremidad del continente, venían de muchos años atrás avanzando la fama y los soldados de Bolívar por un campo sembrado de victorias y de derrotas que abrazaba todo el ancho de la América. En Pichincha se habían dado la mano por la primera vez, colombianos, peruanos, chilenos y argentinos arrollando al enemigo común. Bolívar estaba al habla, puede decirse, con doce mil hombres, y permanecía inactivo, no obstante que ya había ocupado una provincia del Perú, y agregádola sin ceremonia a los países que le debían su libertad. San Martín lo invitó a una conferencia en Guayaquil a la que el glorioso Libertador de Colombia acudió al fin. Si el ojo humano pudiera dominar espacios tan dilatados, habría presenciado un espectáculo imponente, en aquella famosa entrevista de los dos libertadores sudamericanos, avanzando el uno desde el sur, el otro desde el norte, con su cauda de pueblos emancipados y su vanguardia de ejércitos victoriosos, para reunirse bajo el ecuador a decidir de los destinos futuros de un mundo.

Las conferencias participaron de la posición en que se habían puesto ambos jefes. El uno manifestando esta vez abiertamente su pensamiento, el otro embozándolo cuidadosamente, a fin de no dejar traslucir sus proyectos aún no maduros. San Martín de talla elevada, echaba sobre el Libertador de estatura pequeña, y que no miraba nunca a la cara para hablar, miradas escrutadoras, a fin de comprender el misterio de sus respuestas evasivas, de los subterfugios de que echaba mano para escudar su conducta, en fin, de cierta afectación de trivialidad en sus discursos ¡él, que tan bellas proclamas ha dejado! ¡él, que gustaba tanto de pronunciar *toasts* llenos de elocuencia y de fuego! Cuando se trataba de reemplazar las bajas, Bolívar contestaba que esto debía tratarse de gobierno a gobierno; sobre facilitar su ejército para terminar la campaña del Perú, oponía su carácter de presidente de Colombia que le impedía salir del territorio de la República; ¡él, dictador, que había salido para libertar la Nueva Granada y Quito y agregádaslas a Venezuela!

San Martín creyó haber encontrado la solución de las dificultades, y como si contestase al pensamiento íntimo del libertador: "Y bien, general, le digo, yo combatiré bajo vuestras órdenes. No hay rivales para mí cuando se trata de la independencia americana. Estad seguro, general, venid al Perú;

contad con mi sincera cooperación; seré vuestro segundo." Bolívar levantó repentinamente la vista para contemplar el semblante de San Martín, en donde estaba pintada la sinceridad del ofrecimiento. Bolívar pareció vacilar un momento; pero en seguida, como si su pensamiento hubiera sido traicionado, se encerró en el círculo de imposibilidades constitucionales que levantaba en torno de su persona, y se excusó de no poder aceptar aquel ofrecimiento tan generoso.

Esta revelación de las conferencias de Guayaquil, ignoradas por muchos años, la hemos tenido por boca de San Martín mismo y la simplicidad del relato y los hechos subsiguientes, responden de su autenticidad. A su regreso a Lima, convocó el primer congreso peruano, el cual el 20 de julio declaró la independencia, haciendo al mismo tiempo, San Martín, dimisión del mando supremo. El congreso le decretó, a más del grado de generalísimo de sus ejércitos, el título de Fundador de la Libertad del Perú, asignándole la misma pensión vitalicia que se asignó a Washington y una estatua sobre una columna, con inscripciones relativas a sus servicios.

"Yo he proclamado, dijo el general al despedirse de los peruanos, la independencia de Chile y del Perú, y tengo en mis manos el estandarte que Pizarro trajo para someter el imperio de los Incas. He cesado de ser un hombre público, quedando así recompensado con usura de diez años que he pasado en medio de la revolución y de la guerra... Estoy cansado de oír decir que aspiro a poner una corona sobre mi cabeza..."

Era el estandarte aquél, "un pendón de dos varas quince pulgadas de largo, de color caña, forro amarillo, con un escudo de armas en el centro celeste, con bordadura carmesí y muy mal tratado", según lo describe la municipalidad de Lima, a cuya inspección lo hizo someter San Martín que lo había descubierto en poder de un español, a fin de verificar su autenticidad. En su testamento ordena que se devuelva al Perú este estandarte, y hoy se halla en los lugares donde flameó por primera vez a los ojos de Atahualpa va en cuatro siglos.

San Martín partió de Lima con dirección a Europa, solo ahora, por el mismo camino que recorrió desde su partida de Londres en 1812 llevando por único trofeo de sus victorias el estandarte con que Pizarro había conquistado aquel país. Si la historia dudara, al descender al olvido del ostracismo, de que era él el libertador del Perú, aquella tela que los siglos habían respetado, le serviría de paño mortuario y de prueba de convicción. Bolívar dio, con todos los ejércitos sudamericanos reunidos, las batallas de Junín y de Ayacucho, que pusieron el sello a la independencia del continente, pues se dio la última en el Alto Perú que entonces formaba parte del virreinato de Buenos Aires.

La vida de San Martín, desde que se separó del mando del ejército que había educado y formado, tiene el interés de la vida íntima de los grandes hombres, en la que la fascinación pública se admira de no encontrar nada de extraordinario, y más todavía de encontrarlos tan sencillos y pequeños con nombres tan grandes.

San Martín se estableció definitivamente en Francia en las vecindades de la pobre aldea de Grandbourg, a las márgenes plácidas del Sena, y a donde hizo que se le reuniese la única hija de Da. Remedios Escalada, su esposa. En Grandbourg, el general San Martín era simple padre de familia, cultivador solícito de una pequeña heredad que había comprado con una buena cuenta

del gobierno del Perú, y huésped afable de cuantos americanos solicitaban el honor de tratarlo en sus viejos años.

Durante veinte años, su nombre corrió execrado por todos los pueblos a cuya independencia había concurrido, ocultando bajo la negra sombra de los hechos pequeños, la sublimidad de los grandes, como un muro ruin pero cercano, nos esconde el espectáculo magnífico de las cordilleras que se enseñorean sobre la superficie del globo. Chile teatro de sus más esclarecidas glorias había borrado su nombre de su historia, y su independencia la celebraba en otros días que los de Chacabuco y Maipo, con otros nombres que el del libertador sudamericano. En 1828, el 12 de febrero, día del combate de San Lorenzo que salvó este país de ser profanado por las armas españolas, y de la batalla de Chacabuco que decidió por sus consecuencias de la suerte del continente sudamericano entero, la prensa de Buenos Aires traía esta triste conmemoración: "*Ambigüedades*: — En esta clase reputamos el arribo inesperado a estas playas del general San Martín, sobre lo que sólo diremos, a más de lo que ha expuesto nuestro co-escritor el *Tiempo*, que este general ha venido a su país a los cinco años; pero después de haber sabido que se habían hecho las paces con el emperador del Brasil." A un cargo semejante había contestado dos mil años antes Escipión el africano: "Tal día como éste salvé a Roma; vamos al Capitolio a dar las gracias a los Dioses." San Martín regresó en silencio a su ostracismo; pero no dijo como otro Escipión, ni como Rivadavia, "No tendrás mis huesos, ingrata patria". "Prohibo, dice la cláusula 4<sup>a</sup>. de su testamento, que se me haga ningún funeral, y, desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio; pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires..."

La injusticia de las pasiones topográficas, si tal nombre puede dárseles, cede ante las exigencias de un orden más elevado. Un día llega, en que los pueblos sienten que es innoble poner en primer plano las grietas del edificio, sin reparar en la belleza de la arquitectura y comienzan a disgustarse de su propia mezquindad. En 1841, a propósito de la batalla de Chacabuco, apareció, por primera vez en la prensa de Chile, un recuerdo simpático a la memoria del general San Martín, muerto para la historia de América desde su abdicación en Lima; y muy preparada debía estar la opinión pública para esa feliz reacción, que es como el fallo de la posteridad, pues que un aplauso general respondió a la iniciativa de la prensa. Al año siguiente fue dado de alta en el ejército en su grado de capitán general, y reintegrado en todos sus honores.

Abundando en este espíritu de reparación, los jóvenes literatos se consagraron a revisar la historia de la independencia, debatir los puntos controvertibles, devolver sus glorias al ilustre proscrito y borrar con mano generosa los ultrajes que a su nombre habían hecho intereses, pasiones, y miras que habían muerto, desde que no eran nacionales, y por tanto duraderas.

Rosas honró su nombre, sin reconocerle su grado militar y el sueldo de general, explotando en provecho de su tiranía, la prevención de ánimo con que miró siempre el caudillo de la independencia la ingerencia de los poderes extranjeros en las cosas de este continente. Lególe como una prenda de sus sentimientos a este respecto, el famoso sable corvo que llevan los retratos contemporáneos, y que le acompañó siempre en las grandes batallas.

Su muerte, ocurrida en Boulogne-sur-Mer, en Francia, el 17 de agosto de 1850, a los 72 años de edad, ha terminado veinte años después una vida, que para la América estaba de mucho atrás fenecida. San Martín, como Carlos

V, se ha sobrevivido a sí mismo, y sentado en las playas que limitan el mar proceloso de la historia, ha podido oír lo que vienen diciendo de él las generaciones futuras. Antes de morir ya empezaban a hacerle justicia. Ese raro consuelo ha debido hacerle blanda la almohada de piedra de su tumba.

Su cadáver yace depositado en una de las capillas subterráneas de Notre Dame, de Boulogne-sur-Mer, embalsamado y encerrado en un cuádruple sarcófago, compuesto de dos cajas de plomo, una de madera de pino y otra de encina. Allí aguarda al viejo soldado la orden de su gobierno de volver a su patria, como lo ha solicitado en su testamento. Cuando Buenos Aires se sintió libre, se acordó del mártir de sus libertades. Los huesos de Rivadavia tienen ya su lugar de descanso en el panteón argentino. Cuando sienta que no hay grandeza sin el nombre y las glorias argentinas, las cenizas de San Martín reposarán no lejos de su estatua ecuestre, a la puerta del cuartel de los Granaderos a caballo en el Retiro, dando frente al occidente, y señalando con su dedo hacia los Andes, como lo representa un grabado popular.

Buenos Aires, Agosto 20 de 1857.

Domingo F. Sarmiento